

Aulaga de Rafael Juárez. E.D.A. Libros. Prólogo de Antonio Carvajal. 2006

Pablo Valdivia

En los escritos del destierro, que Miguel de Unamuno sufrió en Fuerteventura a partir de febrero del año 1924, hay un elemento que se repite con cierta asiduidad. Unamuno repara en sus paseos por el campo en una planta llamada *aliaga* cuyo aspecto y tacto en seguida relaciona con la aspereza de sus días, las dificultades de un presente adverso. Cuando Unamuno proyectaba sus sentimientos e ideas sobre el paisaje en las formas de una planta afilada como la *aliaga*, no hacía más que participar de una vieja tradición literaria cultivada por los escritores modernistas finiseculares (Antonio Machado, Pío Baroja, Azorín, etc.) y con la que llegaría a dialogar el propio Federico García Lorca a través de su *Impresiones y paisajes*. El *paisaje del alma*, la modificación poética del entorno físico en relación al estado sentimental de la voz dominante en un texto, tiene su origen como noción y recurso literario en la obra inacabada de J.J. Rousseau *Les Rêveries du promeneur solitaire* escrita entre 1776 y 1778, leída con pasión por el propio Unamuno, donde la Naturaleza alcanza el valor de interlocutor con el que entablar diálogo y deja de funcionar como un mero decorado.

Tanto la *aliaga* de Unamuno, como el libro *Aulaga* de Rafael Juárez que merece mucha más atención que las breves líneas de esta reseña, evocan espacios simbólicos con imágenes poéticas esenciales desde los que poder dialogar con uno mismo y con los otros. Así en *Aulaga* encontramos “la liebre que cose el sol”, “el niño entre los juncos que viene y bebe del cuenco de sus manos” o la “insegura raíz del pasado”, en las que, en un ejercicio de superación del amplio discurso que funda el Modernismo, Rafael Juárez va mucho más allá del acto contemplativo, de la mera proyección del “yo” poético o de la nostalgia por un pasado idealizado para situarse, en cambio, en “la soledad que ya no espera halagos/ sino paciencia para ser borrada”, un hito de orientación poética bien distinto que nos señala en uno de su poemas.

Si consideráramos *Aulaga* de Rafael Juárez de 2006 como una simple reedición del libro que con el mismo nombre la Fundación Jorge Guillén publicó en 1995, caeríamos en un error. Se trata de una distinta no sólo porque se hayan incorporado textos a la colección original, sino también porque el nuevo conjunto

de poemas establece un horizonte más rico de sentidos y de miradas.

En *Aulaga* confluyen tres constantes que podemos encontrar en toda la poesía de Rafael Juárez: el palimpsesto como territorio donde se fragua la escritura, la concisión y la memoria como condiciones de posibilidad del texto y el logro de la difícil sencillez alcanzada en la expresión desde la naturalidad de un lenguaje que huye de la afectación y de todo lo que pueda impedir al poema cobrar autonomía y vida propias.

Aulaga de Rafael Juárez se inserta por derecho propio en la mejor tradición española conformada por obras de autores como Miguel de Unamuno, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez y dialoga con ellas y otros textos mediante referencias de complicidad literaria que poco a poco se van descubriendo en sus versos, como la clara alusión al *El Escribiente* de Melville a través de su “preferiría no hacerlo”. Poemas como “Todo lo sólido se desvanece en el aire”—título también del famoso libro de Marshall Berman “All That is Solid Melts into the Air”—o “Mirar lejos”; el poema número VI de la sección “Pasar las Cosas” que comienza “Hay un camino que sube”, el mismo titulado “Aulaga” con versos como “Esperar a que el sueño nos reciba/ en sus brazos de viento y de madera” o el titulado “El Encuentro”, por poner algunos ejemplos, alcanzan sin duda la condición de clásicos de la literatura española por su calidad, por cómo laten por sí mismos, por cómo innovan y superan el discurso que arrancó en el Modernismo (en el que aún sin reconocerlo se mueve buena parte de los poetas españoles contemporáneos) y por cómo consiguen que los lectores, tras su encuentro, no sean capaces de reconocer momentos de su propia vida sino es a través de esos versos con los que Rafael Juárez ya los ha “herido” “para siempre”.

Si como este poeta nos hace saber es verdad que “El mejor libro sobre los estragos/ del tiempo es una casa abandonada”, no mentimos al parafrasearlo y al afirmar que uno de los mejores libros de la poesía contemporánea donde se ahonda en las heridas con las que convivimos todos es, sin duda alguna, *Aulaga* de Rafael Juárez: sus páginas son una constante aventura de descubrimiento y su lectura un ejercicio necesario.